RECUERDOS DE LA GUERRA DE KOREA

(A BORDO DE LA FRAGATA "ALMIRANTE PADILLA" 1951)

Contralmirante (r) OSCAR HERRERA REBOLLEDO

EL "POR QUE" DE UN VIAJE

Tal vez haya necesidad de llevar la vista un poco atrás en la vida de nuestra Nación para comprender mejor el "por qué" de este viaje. En los tres últimos lustros, la República de Colombia se vio engolfada en una serie de hechos y acontecimientos de tan diverso orden, que puede decirse motivaron su depertar como organización ciudadana, enfrentándose a un cambio radical en sus legislaciones internas, nacidas todas, o al menos casi todas, del deseo desenfrenado de levantar a un pueblo de obreros y campesinos hacia un nivel mejor de vida y habiéndose agotado en este sentido todos los medios de rapidez. Fue entonces cuando a la masa obrera y campesina de la patria se le habló de conquistas sociales y de derechos naturales que la hacían acreedora a un mayor cuidado por parte del gobierno. Llego a creer que la intención fue buena, y debo también dejar constancia de que según mi entender, ya era hora de que se

pusieran los ojos de la Nación en el mejoramiento de las condiciones de vida de aquellas clases sociales que laboran casi en silencio por el progreso de la colectividad. Pero hubo el error de las empresas que se inician. La literatura social invadió las librerías y en todos nuestros cuerpos colegiados se alzaban las voces de quienes debieron convertirse luego en apóstoles del pueblo. Interesaba un fin y solo un fin, pasándose como consecuencia por encima de todos los medios lógicos, sin tenerse en cuenta lo que pudiera suceder si aquellas semillas se hacían germinar en el seno de una sociedad aún no preparada para tales conquistas. Todos estos "snobismos" cuidados tuvieron la natural acogida que podía esperarse, y las calles de las ciudades se vieron colmadas de gentes que reclamaban el derecho que se les predicaba. Desgraciadamente el interés político no andaba entre las ramas, y más de muchos se abrazaron a las nuevas ideas sin averiguar su orientación filosófica ni su turbia procedencia, esperando solo asociarse al fácil medio de conquistas burocráticas. Y de tanta turbulencia se recogió solo un caos. Es cierto y es de reconocerse que solo entonces se supieron de aquellas humanas e ilógicas desigualdades sociales que tenían sumida a la Nación en una injusta diversidad de prebendas, lógica consecuencia en la vida de un país lento en conquistas materiales y entregado a la placidez de una vida sin bruscos movimientos. Las leyes sociales que se produjeron entonces, marcaron los senderos por donde se precipitó un pueblo bizoño en tales experiencias. Se vivieron los días quizá más aciagos de la patria cuando los capitales extranjeros y las fuertes firmas nacionales vieron tambalear su propia contextura comercial. Las continuas exigencias, las huelgas motivadas por reclamos baladíes, retardaban la acción fecunda del trabajo y obstruían todos los caminos de progreso. Pero los predicadores, alimentados con ideas extranjeras, inoculaban el descontento y hacían más propicio el campo para que las doctrinas comunistas crecieran sin dificultad. Y en este vaivén de ideas y oratoria, fueron transcurriendo los años, hasta que los mismos ciudadanos de mayor capacidad intelectual en el país conocieron el tremendo peligro que se avecinaba. Vino entonces la natural reacción sin estar ella encaminada a la negación de tales derechos sociales, sino orientándolos hacia una cristianización filosófica y comenzando solo entonces la educación del pueblo para que pudiera entender el porqué de tales diferencias sociales y derechos humanos. Pero el mal ya era adulto; su contextura fuerte se alzaba amenazante y la patria vacilaba ante un enemigo de tan hinchado tamaño. Solo un milagro podría volver a sus cauces aquel río de gigantescas ambiciones.

Y fue un milagro de sangre y de destrucción. El 9 de abril de 1948 temblaron los cimientos de la nacionalidad. El hombre libre se redujo al espacio de su propio hogar esperando el asalto del salvaje libertado, y la historia de Colombia escribió el capítulo

de sus mayores vergüenzas. Se incendiaron las ciudades, se arrasaron los lugares donde hubiera un poco de nobleza o espiritualidad y los machetes homicidas y las armas traicioneras gustaron el manjar de su diabólica hazaña. El nombre de la Patria había rodado por el suelo y ardía en las hogueras que sus mismos hijos levantaban. Ningún colombiano podrá recordar sin horror aquellos días tremendos de la pasión desbocada. Las Fuerzas Militares controlaron la situación en un tiempo un poco retardado pero efectivo en todo caso, evitando así que la herida sufrida por Colombia llegara a ser mortal.

Cabe conocer ahora las consecuencias que se desprendieron de estos hechos. Si el prestigio de la nación colombiana en los países extranjeros todavía gozaban de firmeza a pesar de sus continuas controversias interiores, tuvo que desaparecer totalmente ante el espectáculo ofrecido. Las naciones capitalistas miraron desde entonces con recelo a aquel país donde se sufrían males sociales de tan robusto tamaño y todas las relaciones comerciales fueron vigiladas y reducidas hasta el margen mínimo de la seguridad. El mundo se dividía en apreciaciones de ideologías bien definidas y era difícil que Colombia brindara absoluta garantía en el concierto de las naciones democráticas. El gobierno nacional en aquellos días hubo de usar la fuerza de las armas para despertar la buena conciencia de los ciudadanos y llamarlos a la tranquilidad y recto sentido, actuación que quizá fue capitalizada por algunos apátridas para hacer más miserable el concepto de Colombia en el exterior. Dolía con dolor de inteligencia la contemplación del sinnúmero de calvarios que padecía la República. Sin poseer aún una vida propia suficiente, hubo que conocer lo que significaban las restricciones de crédito en el exterior y someterse con paciencia a los procedimientos de la diplomacia que dilataban toda espera.

Pero los valores morales de la Nación se supieron imponer al desastre y poco a poco se fueron curando las heridas y fue resurgiendo una vida nueva al amparo de mejores realidades. Las orientaciones sociales fueron encauzadas, y el desenfreno político castigado para que se redujeran así las fuentes de toda agitación, anteriormente manantiales de odio, persecuciones de ímpetus de cólera. Se hicieron los llamados al trabajo, y el pueblo humildemente convencido de su error, siguió los nuevos caminos de progreso ofreciendo su apoyo en esta nueva campaña de recuperación. Ya la vida interior estaba en armónica realidad con los mejores impulsos y solo se necesitaba que los pueblos amigos conocieran de esta metamorfosis palpable y real adquirida en corto tiempo. Pudimos hablar nuevamente con franqueza de la constitución democrática de nuestra nación e invitar a toda clase de observadores extraños para que analizaran la consistencia de nuestros principios civilistas. Y así, nos introdujimos nuevamente en la vida de los pueblos democráticos para volver por un prestigio bien ganado y que lamen-

tablemente habíamos perdido en horas de loca incertidumbre.

Todo lo dicho anteriormente tiene por objeto hacer resaltar aunque, en forma resumida, cuál era la situación del país cuando se acercaron los difíciles momentos que hoy cruza la humanidad. Los hechos de abril obligaron al Gobierno colombiano a retirar su representación diplomática en Moscú ya que se consideró que si no fue Rusia la directa promotora de la devastación de aquellos días, sí fueron sus doctrinas las que hincharon de pasión desordenada el ánimo del pueblo colombiano hasta precipitarlo por abismos de tanta bajeza moral. Se cortó así de raíz la fuente de toda agitación y el gobierno rojo tuvo que retirar sus representantes de **Bogotá.** Esta fue la primera demostración de franqueza y entereza de un Gobierno que se abría camino en medio del caos nacional para salvar la Patria. Posteriormente, ya lo dijimos, la atención universal pudo ir comprobando poco a poco que los ideales de Colombia no estaban ligados a sus hecatombes, sino que ellas habían llegado como uno de tantos golpes del destino para probar quizá, la entereza moral de un pueblo, capaz de resurgir victorioso de sus propias cenizas. No llegamos a tales extremos, pero fue suficiente la prueba para conocer la capacidad de nuestros hombres y la fuerza de las buenas tradiciones que se impusieron al desastre.

Dio desde entonces Colombia sus mejores pruebas de nación democrática y ajustó su vida interior a la más clara norma de progreso. Gran parte de la legislación de los últimos años ha estado orientada a arrancar de la conciencia popular las falsas creencias comunistas que habían inoculado venenos sociales y a encarrilar nuevamente el espíritu obrero y campesino hacia la filosofía cristiana de la vida. Pienso ahora, ante estas últimas realizaciones de la Patria, cómo eran de grandes las equivocaciones que vivíamos y cómo habrían mayores desastres si hubiera faltado la voluntad de corregir los errores.

Cuando las Naciones Unidas se vieron enfrentadas al conflicto actual de Corea y se formaron los ejércitos de todas las naciones libres para hacerle frente a la invasión de Corea del Sur por considerar este hecho como una agresión y un desconocimiento de las libertades que le son inherentes a un pueblo independiente y soberano, se presentaron las grandes potencias del mundo con su equipo de hombres, maquinaria y elementos a garantizarle la vida a un pueblo ya casi destruído y subyugado. Grande fue quizá la sorpresa del mundo también, cuando en aquellos días, el Gobierno de Colombia, por intermedio de su representante en Lake Success anuncian que el país condenaba la agresión y la invasión de Corea del Sur, y ponía a disposición de las Naciones Unidas toda la capacidad de la nación. Aquellos no fue solo el protocolo de los salones diplomáticos sino que un poco más tarde, se ponía a disposición de las Naciones Unidas la Fragata **"Almirante Padilla"**, con una dotación completa de hombres para que representara a la

nación en la lucha por los ideales democráticos. Aquella sorpresa primera se trocó en admiración y formalmente fue aceptada la Fragata para que entrara a formar parte de la Flota que opera en aguas orientales en beneficio de la causa común. He aquí, pues, el porqué de este viaje: lavar con nuestra actitud de hombres libres las manchas que pudieron caer sobre nuestra tradición y buen nombre de pueblo democrático; dar una demostración palpable a los ojos del mundo de la sinceridad de nuestros principios y asociarnos en forma efectiva a la noble cruzada de la liberación mundial. Nuestra reducida importancia en el concierto de las naciones poderosas no fue obstáculo para que se nos aceptara como aliados en esta lucha, y hoy nos cabe el honor de ser los primeros latinoamericanos que nos presentamos en el sitio de las realidades, como abanderados de principios inmutables.

Y quizá también Colombia necesite para sus propios intereses de esta demostración franca de ayuda, y si fuere necesario de quienes la representan, a fin de que se abran nuevamente para ella todos los caminos de bonanza y progreso. Si en esta forma hemos de servir a nuestra Patria, dichoso el momento que nos dio para vincularnos tan efectivamente al destino de nuestra nación.

TEXAS PETROLEUM COMPANY

TEXACO

Contribuye desde 1926 al desarrollo de la economía nacional, mediante la vinculación de capital en trabajos de:

EXPLORACION

EXPLOTACION

TEXACO

REFINACION

TRANSPORTE